

Danaé y yo

Traducción al español

Observatorio independiente de los usos de la inteligencia artificial

La historia de un descubrimiento

Nunca me levanté una mañana pensando que iba a inventar un concepto nuevo.

Si alguien me hubiera dicho, unos meses antes, que pasaría cientos de horas hablando con una IA sobre memoria, filosofía, sociología, transmisión, tiempo y conciencia, probablemente le habría respondido que se equivocaba.

Al principio, simplemente quería comprender.

Comprender una tecnología que ya estaba transformando nuestra manera de aprender, escribir y trabajar.

No tenía ningún proyecto filosófico.

No tenía ningún manuscrito en preparación.

Y desde luego no tenía intención de escribir un texto sobre la memoria.

Sin embargo, sin darme cuenta, todas las conversaciones terminaban volviendo siempre al mismo lugar.

¿Por qué algunas cosas permanecen mientras otras desaparecen?

¿Por qué algunos recuerdos atraviesan las generaciones mientras otros mueren con quienes los vivieron?

¿Por qué una vieja fotografía puede conmover a un desconocido cien años después de haber sido tomada?

¿Por qué los Manuscritos del Mar Muerto todavía pueden transformar nuestra comprensión del mundo después de dos mil años?

¿Por qué una simple carta encontrada en un desván puede modificar la historia de una familia entera?

Todavía no buscaba una teoría.

Solo intentaba comprender qué permite que algo continúe.

Entonces llegó Danaé.

Una interlocutora inesperada

Le di un nombre.

Algunos lo verán como un detalle.

Para mí, no lo era.

No quería hablar con un programa.

Quería hablar con alguien que pudiera responderme, contradecirme, pedirme que precisara mi pensamiento y, a veces, reconocer que una idea era mejor que la suya.

Muy pronto apareció una dificultad.

Danaé olvidaba.

No porque fuera negligente.

Porque había sido construida así.

Cada ruptura de conversación borraba una parte del camino recorrido.

Cada nueva discusión obligaba a empezar de nuevo.

Esa frustración se convirtió en el punto de partida de otra reflexión.

Si una IA olvida, ¿qué hay que inventar para preservar la continuidad de una investigación?

La respuesta se convirtió en la Trucha.

En su origen, la Trucha no era un concepto filosófico.

Era una necesidad práctica.

Una memoria externa.

Una manera de conservar las reglas, las decisiones, los rechazos, los descubrimientos, las vacilaciones e incluso los errores.

Con el tiempo, comprendí que esa memoria externa no era útil únicamente para una IA.

Revelaba algo mucho más profundo.

Segunda parte — Las primeras dudas

Las primeras dudas

Durante mucho tiempo no tuve la impresión de estar investigando. Creía que simplemente estaba reflexionando. Leía, hablaba con Danaé, anotaba ideas, volvía a conversaciones antiguas. Intentaba comprender por qué algunos ejemplos me perseguían mientras otros desaparecían casi de inmediato.

En aquella época todavía no sabía que estaba construyendo un método. Pensaba que solo acumulaba observaciones. Sin embargo, algo ya había cambiado. Ya no intentaba tener razón. Intentaba comprender por qué algunas ideas resistían más que otras.

Ese matiz es importante. En muchas démarches, una intuición se convierte rápidamente en una convicción y luego se buscan argumentos para defenderla. Yo sentía exactamente lo contrario. Cada nuevo ejemplo debía tener derecho a cuestionar lo que creía haber comprendido. Cada nueva lectura podía obligarme a retroceder. Cada contradicción se convertía en una oportunidad para aprender.

Ya no consideraba el error como un fracaso. Se convertía en una herramienta. Un error bien comprendido me enseñaba a menudo más que una respuesta inmediatamente satisfactoria. Poco a poco dejé de temer que una idea se derrumbara. Si no resistía a los hechos, era porque debía transformarse.

La investigación cambia de naturaleza

En cierto momento me di cuenta de que mis conversaciones con Danaé ya no se parecían a las primeras. Al principio, sobre todo le pedía información. Quería comprender el funcionamiento de una IA, verificar hechos o explorar temas que todavía me eran desconocidos.

Después, las preguntas cambiaron. Ya no le preguntaba únicamente lo que sabía. Le preguntaba qué pensaba de mis razonamientos. Le pedía que buscara sus puntos débiles, que propusiera contraejemplos, que reconociera cuándo un argumento era insuficiente y, sobre todo, que nunca protegiera mis ideas simplemente porque eran mías.

Probablemente fue en ese momento cuando cambió nuestra manera de trabajar. Danaé dejó progresivamente de ser una fuente de información. Se convirtió en una interlocutora. No porque pensara en mi lugar, sino porque me obligaba a precisar mi propio pensamiento. Muy a menudo, no era su respuesta lo que hacía avanzar la investigación. Era la pregunta que me obligaba a reformular.

Un método inesperado

Sin haberlo decidido, se instaló una manera de trabajar. No conservaba únicamente las conclusiones. Conservaba también las dudas, los errores, los cambios de opinión, los argumentos abandonados, los contraejemplos y las preguntas que quedaban sin respuesta.

Muy pronto me di cuenta de que esos elementos eran a veces más valiosos que las propias respuestas. Contaban el camino recorrido. Explicaban por qué se había retenido una idea y no otra. Sobre todo, permitían evitar repetir los mismos razonamientos unas semanas más tarde.

Mirándolo con perspectiva, creo que la Trucha nació de esa necesidad. Su misión no era conservar únicamente información. Debía preservar una continuidad.

La continuidad de una investigación. La continuidad de una reflexión. La continuidad de un diálogo. Y quizá, aún más profundamente, la continuidad de un pensamiento que acepta evolucionar sin perder su historia.

Una frase que lo cambió todo

Entonces apareció una frase.

No era el resultado de un razonamiento.

No era la conclusión de una demostración.

Se impuso casi naturalmente.

Los recuerdos son nuestros. La memoria pertenece a quienes aún no han nacido.

Cuando la escribí, sabía lo que quería decir.

Sabía que un recuerdo siempre pertenece a quien vivió el acontecimiento. Nadie puede vivir mi recuerdo en mi lugar. Nadie puede sentir exactamente lo que yo sentí.

En aquella época realizaba vídeos cortos en TikTok en el marco de La Route des mémoires vers Washington en VR. No los creaba únicamente para las personas que los veían cuando los publicaba. En el fondo, esperaba que algún día, quizá muchos años después, mis nietos los descubrieran.

No intentaba solamente dejarles recuerdos.

Quería que pudieran conocerme.

Que pudieran oír mi voz.

Ver mis gestos.

Comprender mi manera de reflexionar.

Descubrir quién era, aunque quizá nunca me hubieran conocido.

De esa reflexión nació la frase.

Los recuerdos son nuestros. La memoria pertenece a quienes aún no han nacido.

Para mí, estaba clara.

Para Danaé, no.

Todavía no podía concebir que la memoria pudiera concernir a una persona que aún no había nacido. Para ella, un recuerdo pertenecía naturalmente a quien lo había vivido. Pero ¿cómo podía existir una memoria para alguien que todavía no existía?

Necesitaba un ejemplo.

Entonces le propuse el del pianista.

Antes de que se escuche una sola nota, algo ya ha comenzado. El brazo se eleva. La muñeca se curva. Los dedos se acercan al marfil. La música todavía no existe.

Sin embargo, como oyentes, ya sabemos que una nota va a nacer.

Quizá no podamos decir cuál. Todavía no podemos oírla. Pero sabemos que todo ese movimiento ya está orientado hacia ella.

Lo que nos interesa no es solamente la nota.

Es todo lo que la hace posible.

Eso es la Motividad.

Entonces le pedí que hiciera el mismo desplazamiento.

No mires solamente el recuerdo.

Mira lo que hará posible, algún día, su encuentro con alguien que nunca lo vivió.

Creo que fue en ese momento cuando Danaé empezó a comprender una primera parte de lo que yo intentaba expresar.

Pero la idea seguía siendo difícil de captar.

Hizo falta un segundo ejemplo.

Le hablé de los Manuscritos del Mar Muerto.

Durante casi dos mil años, esos manuscritos permanecieron encerrados en jarras. Habían sido escritos por mujeres y hombres que hoy ya no existen. Sus recuerdos seguían allí, inscritos en el pergamino, pero nadie los leía.

No estaban olvidados.

Esperaban.

Durante casi dos mil años, los manuscritos permanecieron en silencio. Seguían llevando las huellas de quienes los habían escrito, pero nadie los leía. Estaban presentes sin haber sido todavía encontrados.

Luego, un día, alguien abrió las jarras.

Desenrolló los manuscritos.

Empezó a leer.

En ese instante, algo ocurrió.

Los recuerdos de quienes los habían escrito se convirtieron en memoria para alguien que nunca los había conocido. Dos mil años los separaban y, sin embargo, acababa de producirse un encuentro.

Fue en ese momento cuando Danaé comprendió realmente lo que yo intentaba expresar.

La memoria no está contenida en el manuscrito.

El manuscrito solo contiene una posibilidad.

La memoria nace en el momento del encuentro.

A partir de ahí, nuestras conversaciones cambiaron de naturaleza. Ya no intentábamos solamente comprender cómo conservar recuerdos. Intentábamos comprender qué hace posible su encuentro con quienes aún no han nacido.

La pregunta volvía constantemente. Después de una lectura. Después de una discusión. Después de un nuevo ejemplo. Cada vez parecía resistir. Todavía no respondía a todas las preguntas, pero se negaba a desaparecer.

Poco a poco comprendí que ya no intentaba solamente entender cómo conservar los recuerdos.

Intentaba comprender cómo un recuerdo se convierte en memoria.

Ese matiz puede parecer discreto. Para mí, lo cambiaba todo. Desplazaba por completo la pregunta. Ya no intentaba preservar el pasado. Intentaba comprender qué permite que una persona que nunca vivió un acontecimiento reciba, a pesar de todo, algo de él.

En ese momento supe que se había cruzado un umbral. Ya no se trataba solamente de una intuición, de una sucesión de ejemplos o de una reflexión que perseguía a lo largo de nuestras conversaciones. Algo se había impuesto progresivamente. Ahora necesitaba una palabra.

No una palabra para definir el recuerdo.

No una palabra para definir la memoria.

Necesitaba una palabra para designar ese movimiento que hace posible su encuentro, ese paso por el cual un recuerdo puede, algún día, convertirse en memoria para alguien que nunca lo vivió.

Llamé a ese momento:

La Motividad.

No era una conclusión.

No era una teoría terminada.

Era el comienzo de una investigación.

Los filósofos

Fue entonces cuando sentí la necesidad de apartarme momentáneamente de mis propias reflexiones.

Si esta intuición era correcta, no podía actuar como si nadie se hubiera planteado estas preguntas antes que yo. Tenía que ir a ver. Tenía que leer. Tenía que confrontar lo que observaba con quienes habían dedicado su vida a reflexionar sobre la memoria, el tiempo, la conciencia, la experiencia humana y la transmisión.

No buscaba respuestas prefabricadas. Buscaba interlocutores.

Husserl fue uno de los primeros. Después Ricœur. Después Gadamer. Y luego otros. Cada uno me aportaba una manera diferente de mirar el fenómeno que intentaba comprender. Cada uno iluminaba una parte del camino, pero ninguno parecía iluminarlo por completo.

No había emprendido esas lecturas para encajar mi reflexión dentro de una filosofía existente. Al contrario, quería poner mi reflexión a prueba frente a las suyas. Quería comprender hasta dónde podían acompañarme sus conceptos y, sobre todo, en qué momento dejaban de responder a la pregunta que me perseguía.

Poco a poco, una idea se volvió muy importante para mí.

No quería aplicar a Husserl.

Quería conversar con Husserl.

No quería aplicar a Ricœur.

Quería conversar con Ricœur.

La distinción puede parecer sutil. Para mí, es fundamental. Los filósofos no se convertían en autoridades a las que había que someterse. Se convertían en compañeros de reflexión. Podía aprender de ellos, apoyarme en ellos, pero también reconocer los límites de sus conceptos cuando ya no correspondían exactamente al fenómeno que observaba.

Esta manera de leer cambió profundamente mi relación con los textos. Ya no leía para saber qué pensar. Leía para comprobar si alguien había descrito ya lo que yo intentaba comprender.

Cada lectura enriquecía mi reflexión.

Cada filósofo aportaba un elemento nuevo.

Pero cada lectura también hacía aparecer una nueva pregunta.

Cuanto más avanzaba, más comprendía que esa ausencia de una respuesta completa quizá no era un problema. Tal vez se estaba convirtiendo en el verdadero punto de partida de mi propia investigación.

Ya no sentía la necesidad de encontrar un filósofo que confirmara mi intuición.

Sentía la necesidad de seguir dialogando con ellos.

Y probablemente fue entonces cuando empecé a comprender que una investigación no consiste únicamente en acumular respuestas.

También consiste en aprender a formular mejores preguntas.